

# EL DR. LIVINGSTONE: UNA HISTORIA DE TESÓN Y PERSEVERANCIA

**José Alberto Terrón Pernía**

Médico, Facultativo especialista en Medicina Interna.



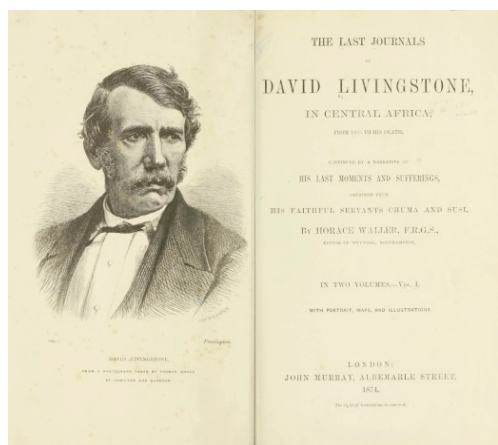
## **Preámbulo**

Es archiconocida la anécdota del encuentro de Stanley con Livingstone, el 10 de noviembre de 1871 en Ujiji, una aldea en la orilla del lago Tanganika, cuando le pregunta: “¿El Dr. Livingstone, supongo?”.

Pero ¿quién era David Livingstone?. Fue un médico, explorador y misionero británico que llegó a ser una de las mayores figuras de las expediciones en África porque se propuso abrir rutas para facilitar la labor misionera y la actividad comercial.

Mediante observaciones astronómicas, estableció localizaciones correctas en la cartografía africana y realizó informes de botánica, geología y zoología. Por si todo esto fuera poco, también se distinguió por su apasionada lucha contra la esclavitud. Vamos a repasar en este breve artículo sus gestas más importantes,

Este escrito está basado fundamentalmente en el capítulo dedicado a Livingstone del libro “Los Intrépidos. Aventuras y triunfo de los grandes exploradores”. Su autor o autores no consta en el mismo, pero les doy las gracias por tan magnífico trabajo, sin el cual hubiese sido enormemente difícil realizar este escrito.



Frontispicio y portada de *Last Journals* (Livingstone 1874,1). *Cortesía de Internet Archive* .

### Introducción histórica

Antes de comenzar a relatar la vida de Livingstone es imprescindible una introducción histórica. A principios del siglo XIX, África seguía siendo en gran parte desconocida para occidente. Los nuevos

mundos que Europa (con España a la cabeza) había descubierto y colonizado en los tres siglos anteriores, junto con los océanos que los separan, ya tenían nombre y se habían explorado casi en su totalidad. No ocurría así con el Continente Negro, que era todavía un espacio vacío en los cada vez más detallados mapas del mundo.

Pero entonces surgieron dos poderosas razones para explorarlo. El movimiento antiesclavista iniciado en Inglaterra (que prohibió a sus súbditos en 1807 dedicarse al tráfico de esclavos) y el poderoso aliciente del comercio, pues aquel país había llegado a ser una potencia industrial con muchos artículos para exportar. El movimiento antiesclavista tuvo su más firme aliado en el entusiasmo que se despertó en Inglaterra por las obras misioneras cristianas: el anhelo de predicar el Evangelio a todos los pueblos del mundo, especialmente a los africanos, objeto de tantos abusos. Pero antes de fundar misiones era necesario disipar la casi total ignorancia en cuanto al interior del continente, que desde el punto de vista geográfico presentaba considerables obstáculos a la exploración.

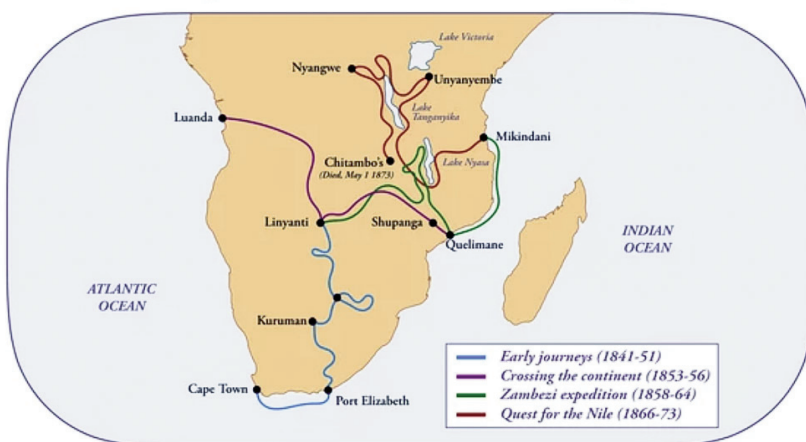
África es en su mayor parte una alta meseta que desciende en empinadas vertientes hacia las estrechas llanuras costeras. Los ríos que nacen en su interior están bloqueados en sus desembocaduras por grandes bancos de arena, y en las tierras interiores, por peligrosos rápidos. A principios del siglo XIX se sabía muy poco de estas grandes vías fluviales y se pensaba que quizás podrían ser el vehículo para la propagación de la religión y del comercio europeos hacia el corazón de África.

## Cómo era el mapa de África Central antes de las expediciones de Livingstone y Stanley: un espacio vacío



Mapa de África de John Thomson, 1813. La mayor superficie se marca como «partes desconocidas» (*unknown parts*). Todavía incluye las ptolemaicas Montañas de la Luna, que se han pretendido identificar como las Rwenzori, el Kilimanjaro o las cumbres mayores de Etiopía en la cabecera del Nilo Azul.

## Expediciones de Livingstone



Para una mejor comprensión posterior, aportamos este gráfico donde se resumen los viajes de Livingstone y al que podremos ir volviendo conforme los relatos:

## Infancia y juventud de Livingstone (1813-1841)

David Livingstone nace en Blantyre (Escocia) el 19 de marzo de 1813, en un medio de absoluta miseria. Su hogar fue una casa de vecinos de 24 viviendas, que alojaba a otras tantas familias y que era propiedad de la fábrica de hilados y tejidos del lugar. Durante los primeros 14 años de vida compartió un reducido espacio de 3 x 4 metros con sus padres, tres hermanos y dos hermanas. El efecto claustrofóbico de esta atmósfera determinó su anhelo de espacios abiertos, que sólo sería satisfecho, muchos años después, con la inmensidad de África.

Fue un muchacho hosco, laborioso e introvertido, *“siempre tumbado boca abajo, leyendo un libro”*, según testimonio de alguien que lo trató en aquella época. Lo enviaron a trabajar a la fábrica de hilados cuando tenía 10 años y el niño se las ingenió para mantener abierto su libro apoyado en el bastidor de la hiladora y poder leer una frase en el tiempo que tardaba en subir y bajar el mecanismo. Aunque trabajaba desde las 6 de la mañana hasta las 8 de la noche seis días por semana, todavía tenía la fuerza de voluntad para asistir dos horas diarias a la escuela y leer otros dos en la cama.

Como anuncio de su futura vocación, los temas predilectos del muchacho eran la historia natural y las exploraciones geográficas. Su padre, religioso fanático consideraba insustanciales aquellas aficiones, generando en Livingstone un perdurable sentimiento de culpa. Solo a los veintitantos años logró conciliar sus an-

sias de conocer vastos horizontes con su conciencia religiosa: decidió invertir sus ahorros, reunidos con grandes sacrificios, en el estudio de la carrera de médico misionero.

Obtiene el título de médico en la Universidad de Glasgow en 1840, con 27 años. Era retraído y serio, hablaba entrecortadamente, con su acento de obrero escocés, pero irradiaba una fuerza imponente y serena, lo que hizo que la Sociedad Misionera de Londres lo aceptara para ir a servir a Kuruman, en Bechuanalandia (hoy perteneciente a Botsuana), la más remota misión inglesa en Sudáfrica.

## Llegada a África. 1841.

Livingstone llegó en abril de 1841 a Port Elizabeth, en Sudáfrica, a 724 km al este del cabo de Buena Esperanza, y se dirigió hacia el norte, en una carreta tirada por diez bueyes hacia la misión de Kuruman, fundada por su mentor y amigo Robert Moffat, a 1600 km de distancia, llegando tras dos meses de camino. Mientras avanzaba dando tumbos el joven médico sentía que el alma se le dilataba. Todo era un deleite para sus ojos: los remolinos de polvo entre la maleza, la húmeda calima que reverberaba en las rocas, los montones de “lodo” de un metro de altura que en realidad eran excremento de elefantes...

Kuruman quedaba en el borde del corazón de África, vasto territorio virtualmente desconocido para los europeos y que se extendía miles de kilómetros, por el norte, hasta el desierto del Sahara. Era una aldea pequeña donde vivían unas cuantas familias de misioneros y una congregación de

350 africanos, aunque sólo 40 de ellos conversos bautizados. Para Livingstone supuso una decepción, pues lo consideró demasiado sumiso, poco poblado y dominado en exceso por el jefe de la misión, Robert Moffat. Livingstone escribió a su familia unas palabras reveladoras y premonitorias: *“Nunca construiré sobre los cimientos que haya echado otra persona; predicaré el Evangelio sin basarme en las premisas de ningún otro hombre.”*



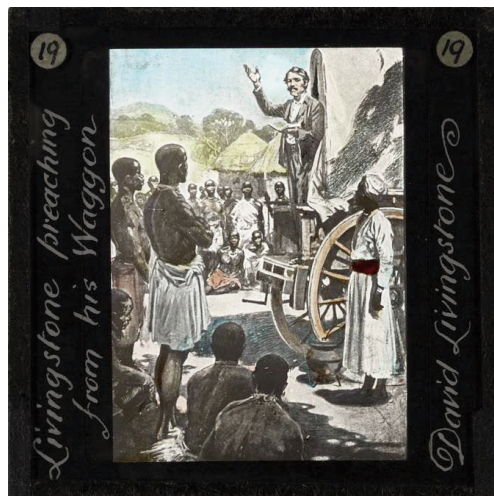
Misión de Moffat en Kuruman

### Primeros años en África (1841-1851). Sus intentos de ser misionero.

En septiembre de 1841 el incansable Livingstone partió de Kuruman en compañía de otro misionero rumbo al nordeste, por las áridas tierras de Bechuanalandia (actual Botswana), en busca de un sitio para fundar una nueva misión. Difícilmente se habría podido imaginar un lugar más inhóspito para empezar a propagar el cristianismo; al borde del desierto de Kalahari, era un zarzal llano y tan caluroso que *“hasta las moscas buscaban la sombra”*.

Sin amilanarse, escogieron la aldehuela de Mahotsa, a 320 km al nordeste de Kuruman, para establecer su misión a princi-

pios de 1843. Con el tiempo, Livingstone fue sintiendo que ni siquiera la vida en aquel remoto puesto colmaba sus aspiraciones. Se sentía frustrado por lo difícil que era convertir a los africanos, los cuales veían al cristianismo contrapuesto a sus tradiciones. Les molestaba sobre todo que el misionero insistiera en que abandonaran la poligamia. En su sociedad tribal tener muchas mujeres significaba tener muchos hijos y por lo tanto muchas manos para sembrar y cuidar el ganado, y más que nada, significaba prestigio.



Livingstone predicando a los africanos

En el fondo, aunque no podía aceptarlo abiertamente, Livingstone era más explorador que misionero. Se sentía feliz cuando se iba abriendo paso entre los matorrales, anotando meticulosamente la forma del terreno, la estructura de los termiteros, la textura de las rocas y las hojas. En 1844 sufrió el ataque de un león, que estuvo a punto de costarle la vida, salvándolo la gracias a los disparos de un ayudante



Recreación del ataque de un león a Livingstone

africano, pero el antebrazo izquierdo resultó fracturado y desde entonces no pudo alzarlo por encima del hombro.

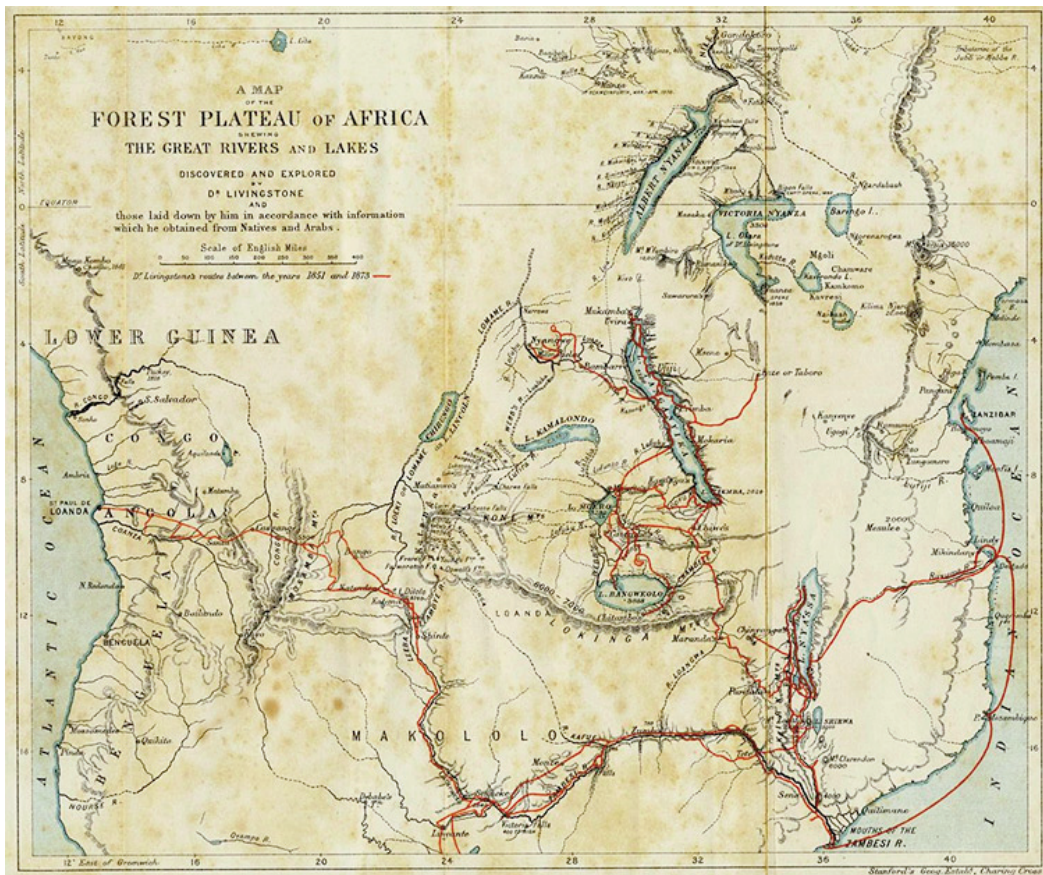
Mientras se reponía de sus heridas en Kuruman le propuso matrimonio a Mary Moffat, hija del jefe de la misión, una joven sencilla, vigorosa y tenaz, que al haberse criado en un puesto misionero remoto estaba bien preparada para las penalidades de la vida en África. Se casaron en enero de 1845 y juntos fundaron otras misiones, que fueron otros tantos fracasos. Esto fue un rudo golpe para el misionero y reforzó su convicción de que una religión extranjera jamás florecería en África a menos que se cortaran de raíz el tribalismo y sus tradiciones. Y para ello, era necesario introducir el modelo de comercio inglés, que modificaría la economía de subsistencia de los aborígenes.

### **Cruzando el continente. Primera parte: descubre el Zambeze y llega hasta Luan-da. 1851-1854.**

Livingstone decidió que lo más urgente era encontrar una vía fluvial navegable que comunicara el África interior, ya fuera con el Atlántico o con el Índico y que pudiera transformarse en la gran ruta del comercio inglés. En 1849, en una de sus expediciones, había descubierto que al norte del desierto de Kalahari había un lago y los lugareños le aseguraron que un río tributario del mismo se comunicaba por pantanos y corrientes menores con “un país lleno de ríos” en alguna parte de África central. Esta frase estimuló a Livingstone, que desde entonces estuvo obsesionado con encontrar ese paraíso acuático donde florecerían el comercio y el cristianismo.



El río Zambeze



Mapa de África central con los grandes ríos y lagos (se indica la zona donde vivían los makololo)

En 1851, tras una marcha de 1100 km por una región tan árida que tuvo que beber en las aguas llenas de excrementos de los hoyos abiertos por los animales, obtuvo su recompensa al avistar un río tan claro y hermoso que lloró de alegría. Se trataba del **Zambeze**, que desembocaba en el océano Índico tras regar Mozambique. Había descubierto la “ruta de Dios”, como a él le gustaba imaginar.

La tribu makololo, que habitaba la zona, acogió bien a Livingstone y convino en dejarle fundar una misión y una factoría. Pero antes de establecerse allí el médico tuvo que separarse de su familia (a la que había llevado inexplicablemente consigo) y envió a Inglaterra en abril de 1852 a su esposa y sus cuatro hijos. Lleno de grandiosas visiones para el futuro, se apresuró a regresar al Zambeze, ansioso por proseguir sus exploraciones.

Los makololo convinieron en proporcionarle 27 porteadores, algunos bueyes y marfil para una expedición de prueba hacia la costa. El 11 de noviembre de 1853 partió de la aldea makololo de Linyanti. Por razones inexplicadas, no enfiló al este por el Zambeze, la ruta a Mozambique, sino hacia el noroeste, hacia Angola, en la costa atlántica. Es posible que buscara una ruta terrestre que los comerciantes pudiesen seguir por el interior, desde la costa del Atlántico. Pero también es posible que su pensamiento estuviese nublado por el paludismo, con su correlato de fiebre, mareos y escalofríos que le postrarían muchas veces antes de llegar a la costa.

Durante los seis meses siguientes fue abriéndose paso penosamente a través de

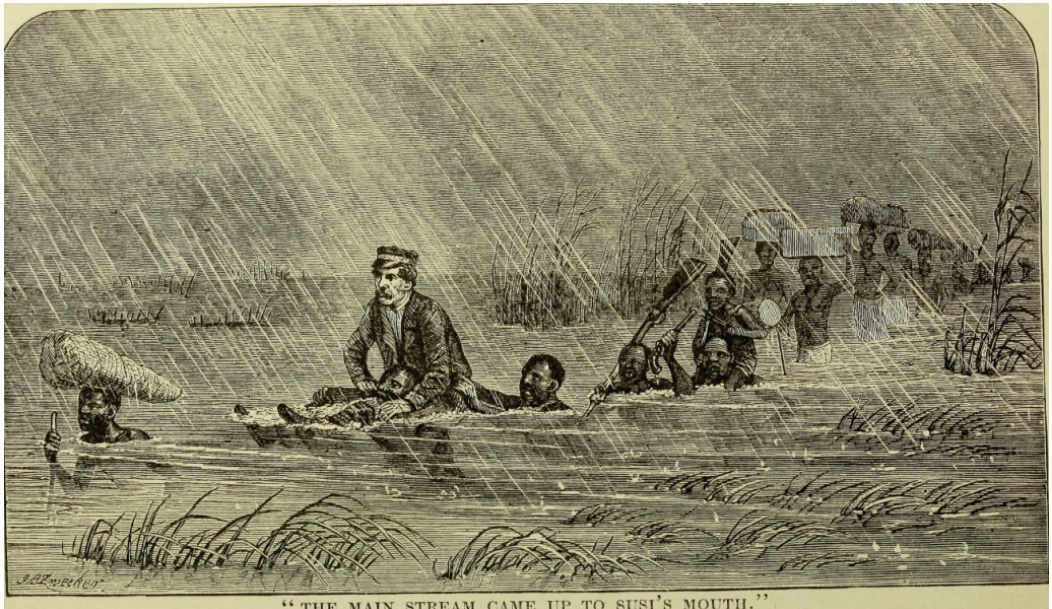
una tierra inhóspita –cortinas de lianas resbaladizas, pantanos sobre los que flotaban nubes de mosquitos, espinas que le destrozaban los pantalones, praderas de malezas cortantes como navajas-, pero no cejó nunca en su afán de seguir adelante. Juró: “*No detenerme hasta que me falte el aliento.*” A veces estaba tan debilitado por la fiebre y la disentería, que tenía que ir atado al lomo de un buey; otras, echado en el fondo de una canoa y vomitando en el agua.

Cada tribu que encontraba le pedía el pago del acostumbrado *hongo* o “derecho de paso”, que generalmente consistía en un buey o un arma, pero un día oyó la siniestra alternativa: “...o uno de sus hombres”. Se dio cuenta, con gran disgusto, que incluso aquella región interior, el África central, se había contaminado con el tráfico de esclavos. Sus aterrorizadores porteadores le pidieron permiso para regresar, pero Livingstone pagó *hongo* en ropa y abalorios y consiguió que siguieran adelante.

Al llegar a los territorios de Angola, en abril de 1854, Livingstone estaba pagando ya su derecho de paso con camisas y se alimentaba de mandioca y, a veces, de carne de buey. Unos mercaderes portugueses, se compadecieron de él y le dieron víveres y medicamentos, pero su salud empeoraba rápidamente. Cuando aparecieron en el horizonte las palmeras de la costa del Atlántico, iba más muerto que vivo. Pudo observar, conmovido, la sorpresa de sus porteadores makololos al ver el mar por primera vez.

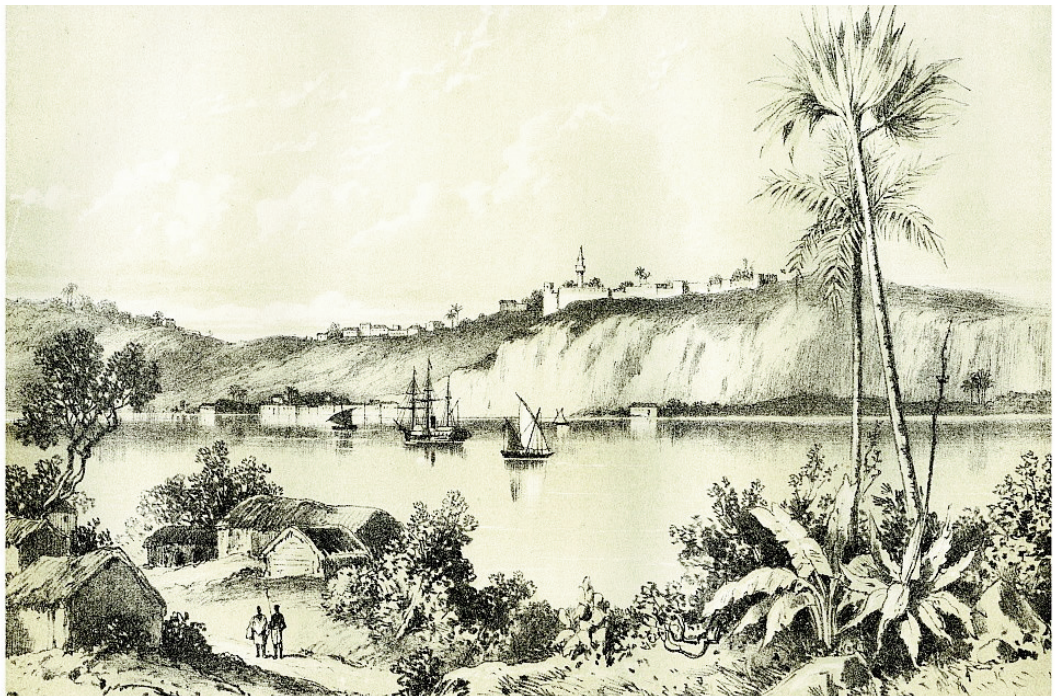
El 1 de mayo de 1854 llevaron a Livingstone a Luanda (Angola), donde permaneció encamado varias semanas, entre



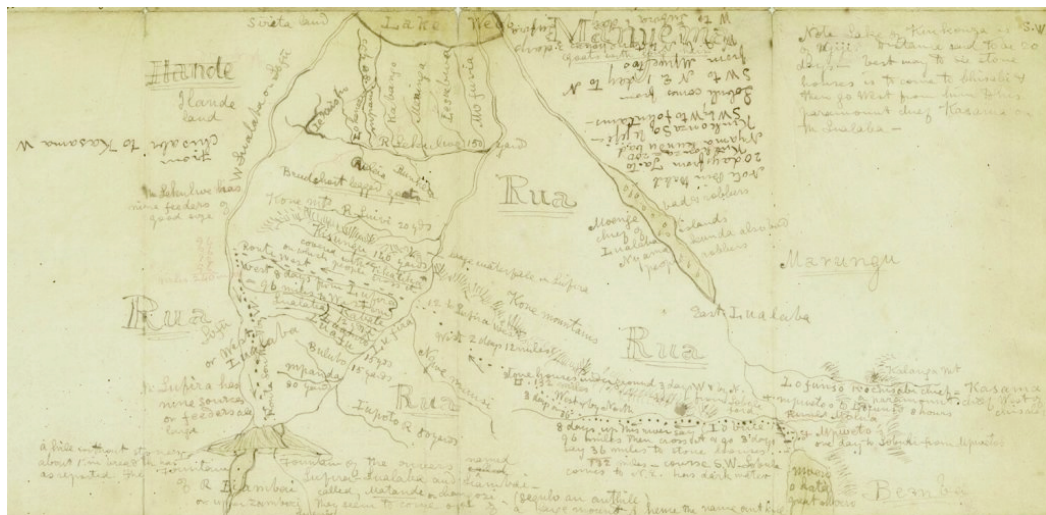


“THE MAIN STREAM CAME UP TO SUSI’S MOUTH.”

Susi, su fiel servidor, lleva a hombros a Livingstone a través de pantanos inundados.



Vista de Luanda a finales del siglo XIX



Mapa hecho por el propio Livingstone durante sus expediciones.

la vida y la muerte. Estaba demasiado débil para escribir, por lo que tuvo que dictar su informe oficial a la Congregación Misionera de Londres. Al llegar la carta a su destino, a principios de agosto, acompañada de mapas asombrosamente detallados, generó una gran emoción. La callada marcha de 1600 km del misionero fue calificada de “una de las más grandes exploraciones geográficas de nuestra era”. Su fama de explorador había comenzado y desde ese momento solo iría creciendo.

Sin embargo, el médico escocés sabía que la misma hazaña había sido lograda antes que él por traficantes de esclavos portugueses, y aunque no lo mencionó en su carta, el hecho torturaba su conciencia. Declinó un viaje gratis que le ofrecieron de regreso a Inglaterra y anunció su intención de regresar a Linyanti (la aldea de los makololo de donde había partido) por el mismo camino que le había llevado hasta Angola, con la intención de seguir por el

Zambeze hasta el Índico. La razón aparente era dar al comercio inglés varias rutas hacia el interior, pero las razones personales de Livingstone eran obvias: deseaba ser el primer europeo que cruzara todo el continente africano.

La empresa estuvo a punto de matarlo. En su trayecto de regreso vomitó sangre, una rama puntiaguda lo dejó casi ciego y un ataque de fiebre reumática le causó una sordera parcial. A pesar de sus debilidades, nunca se dejó vencer por ellas, y seguía haciendo sus cuidadosas observaciones geográficas, aunque para ello tenía que levantarse del lecho temblando a las dos de la madrugada e ir arrastrándose a anotar las fases de la luna.

Los makololos le dieron una bienvenida de héroe cuando llegó a Linyanti el 13 de septiembre de 1854, tras una ausencia de casi dos años. Le regaló al jefe de la tribu un uniforme del ejército portugués y gracias a ello, aquel le perdonó por no ha-

berle llevado armas y haber gastado todas las ganancias de la expedición, obtenidas del marfil, en haber pagado *hongo*.

### **Cruzando el continente. Segunda parte: descubrimiento de las Cataratas del Zambeze. Llegada a Mozambique (1855-1856)**

Al año de su regreso a Linianty ya estaba dispuesto para reanudar sus exploraciones. Esta vez pretendía realizar un viaje transcontinental de 4000 kms, siguiendo el curso del Zambeze hasta llegar al océano Índico. Partió el 3 de noviembre de 1855 con cien porteadores que le proporcionó el jefe de los makololos, remando en canoas por el ancho río, impelido hacia el este, como atraído por un fenómeno natural del que había oído tiempo atrás, pero que no había visto nunca: los makololos lo llamaban “*el humo que truena*”, pero nunca se habían atrevido a acercársele.



Las cataratas Victoria al amanecer con la nube de pulverización. Pintura de Thomas Baines

El 17 de noviembre empezó a oír un sordo rumor de trueno y a ver unas columnas de vapor que se elevaban sobre el río. Se convirtió así en el primer europeo que vio las majestuosas cataratas del Zambeze,

que llamó Victoria, en honor de la reina de Inglaterra. Pero la belleza del lugar quedó marginada ante la realidad: aquella pared de agua de 90 metros de altura y 1600 metros de anchura suponía un obstáculo para la navegación. Rogando al cielo para que el Zambeze corriese libremente el resto de su curso hasta el mar, siguió adelante.



Las cataratas Victoria en el río Zambeze. Pintura de Thomas Baines (1865)



Estatua de Livingstone en las cataratas Victoria



17. Recorrido del río Zambeze

Impaciente por llegar a la costa y comunicar sus hallazgos a la Congregación Misionera de Londres, puso rumbo al suroeste, por campo abierto, para evitar un meandro del Zambeze. Fue una tremenda equivocación, porque de esa forma perdió la oportunidad de descubrir los rápidos de Quebrabasa, de 48 km de longitud, que le hubiesen demostrado que la “ruta de Dios” no era navegable (el río Zambeze, de 2574 km de longitud, solo es navegable en sus últimos 650 km, ya en territorio de Mozambique).

A principios de marzo de 1856 llega al puerto fluvial de Tete, en Mozambique, gravemente enfermo por el paludismo. Los portugueses cuidaron de él y se ofrecieron a cuidar de sus porteadores si quería proseguir río abajo y luego embarcarse para Inglaterra. Parcialmente recuperado, salió en una canoa, acompañado por ocho hombres, para recorrer los últimos 430 km

de su viaje; cuando llegó el 20 de mayo de 1856 a Quelimane, a unos cuantos kilómetros de la costa, volvió a enfermar de fiebre. Para colmo, recibió una carta fría como el hielo en la que los directores de la Congregación Misionera de Londres (de la que pronto se desligaría) le decían que no estaban dispuestos a patrocinar expediciones “*sólo remotamente relacionadas con la propagación del Evangelio*”. A Livingstone le costaba trabajo reconocer que las almas salvadas por él en Bechuanalandia sólo llegaban a una sola.

El explorador tenía 43 años. No lo sabía, pero era ya famoso. Hacía mucho que habían llegado a Inglaterra las noticias de su épico viaje continental y un barco de la Armada de su Majestad lo esperaba para llevarlo a Inglaterra, donde sería recibido de forma triunfal. Fue premiado con medallas, obsequiado con una recepción real, glosado en editoriales de diarios donde se

le ensalzaba como el más grande explorador inglés desde Drake, se habían vendido 30.000 ejemplares de su libro *Viajes misioneros y exploraciones*, convirtiéndolo (para su vergüenza) en un hombre rico... Su fama era inmensa.

### Expedición al Zambeze (1858-1863)

A finales de 1857, instituciones cívicas y académicas colmaban de honores a David Livingstone después de su épico viaje en solitario a través del continente africano desde Luanda en Angola hasta Quelimane en Mozambique. En mayo de ese año había roto amistosamente su relación con la Sociedad Misionera de Londres y había ofrecido sus servicios (que fueron aceptados) al Ministro de Asuntos Exteriores, Lord Clarendon, para abrir el interior del África meridional al comercio británico a través del río Zambeze.

Sus descripciones en *Viajes misioneros y exploraciones* de las tierras fértiles aptas para el algodón, el añil, el azúcar y el ganado sugerían una tierra prometedora abierta al comercio y la civilización, y el Dr. Livingstone parecía el candidato más probable para liderar una expedición. Sus sugerencias sobre el proyecto futuro a Lord Clarendon fueron que Inglaterra y Portugal deberían asociar fuerzas para “*abrir el sur de África central al comercio mundial*” por el río Zambeze que, “*parece presentar un camino elegible hacia el interior desde la costa este*”. «. Como siempre había defendido, su intención final era poner fin a la esclavitud mediante la introducción de un comercio legítimo alternativo en el sur de África central.

Para la expedición solicitó un asistente general y un «agente moral», un botánico económico, un geólogo, un cirujano, un ingeniero, un oficial de navegación y un artista que también pudiera servir como comerciante y almacenista. Finalmente fueron elegidos Thomas Baines como artista, Charles Livingstone (el hermano menor de Livingstone) como «agente moral», el doctor John Kirk como botánico y médico, Richard Thornton como geólogo, George Rae como ingeniero y el comandante Bedingfield, el cual había navegado previamente por el río Congo como oficial de navegación y segundo al mando. Acompañado por todos ellos emprende en 1858, su nueva expedición al Zambeze, esta vez patrocinada por el gobierno, para explorar la “ruta de Dios”, expedición que duró cinco años y que como veremos acabó en fracaso total.

Para ello transportó en piezas desde Inglaterra un barco de vapor hasta Quelimane para reconocer el Zambeze, vapor al que pusieron el nombre de Ma-Robert, llamado así a la manera africana en honor de la señora Livingstone, madre de Roberto, el primogénito del explorador.

Desgraciadamente el barco no tuvo la potencia necesaria para luchar contra la impetuosa corriente de los rápidos de Quebrabasa, Livingstone anotó: “*No hay duda de que sus motores se hicieron para moler café*”. Las calderas se ahogaban y tosían con tanta insistencia que el pequeño barco recibió el sobrenombre de “El asmático”. Quedó así destruida su optimista visión de un río lleno de cargamentos y misioneros cristianos.



Ilustración del Ma-Robert explorando el Zambeze.  
Extraído de *The Life and Explorations of Dr. Livingstone*, publicado hacia 1875.



Los rápidos de Quebrabasa. Pintura de Thomas Baines.

Exploró entonces un afluente septentrional del Zambeze, resultando que también estaba bloqueado por rápidos, pero no se detuvo. Siguiendo por las riberas a pie, llegó hasta el legendario **lago Nyasa**, impresionante masa de agua de 30.800 km<sup>2</sup>, que los portugueses le habían descrito.



20. Situación del lago Nyassa (también llamado Malawi)

Livingstone trasladó allí sus sueños y recomendó que se enviaran partidas de misioneros ingleses. Cuando estos llegaron se encontraron inmersos en una espiral de violencia de guerras tribales e incursiones para hacer esclavos. Tres misioneros perdieron allí la vida. La misma suerte había corrido previamente otra misión establecida entre los makololos entre 1850 y 1859, donde la fiebre había

aniquilado a casi todos los misioneros y a sus familias. Podemos imaginar el intenso sentimiento de culpa que embargó al misionero. Para colmo, el 27 de abril de 1862, la esposa de Livingstone, que había llegado en 1858 con las familias de los misioneros, también murió. El médico explorador quedó consternado y escribió en su diario: *“Por primera vez en mi vida, sentí deseos de morir”*.

La salud y el ánimo de los integrantes de la expedición al Zambeze se deterioraron cada vez más. Livingstone, que había tenido siempre éxito en su trato con los aborígenes, que casi siempre era amable y paciente con ellos, fue incapaz de gobernar un grupo de europeos penden-cieros y enfermos de fiebre. Torturado por la disentería crónica, caía en crisis de profunda melancolía y se pasaba semanas enteras canturreando para sí mismo, con la mirada perdida. Otras veces tenía accesos de cólera y gritaba, como lo calificó John Kirk, el botánico y médico oficial de la expedición en *“el lenguaje más soez e insultante que se haya oído”*, llegándose a preguntar si Livingstone no estaría vol-viéndose loco.

Como era de esperar, ante tal cúmulo de contrariedades, era inevitable que recibiera una carta del Ministerio de Relaciones Exteriores en julio de 1863 en la que se le pedía su regreso a Inglaterra. Lo hizo, pero no tardó en volver a África: gracias a la influencia de sir Roderick Murchison, presidente de la Royal Geographical Society, fue nombrado en 1865 cónsul honorario de Su Majestad en África Interior, con sede en Zanzíbar.

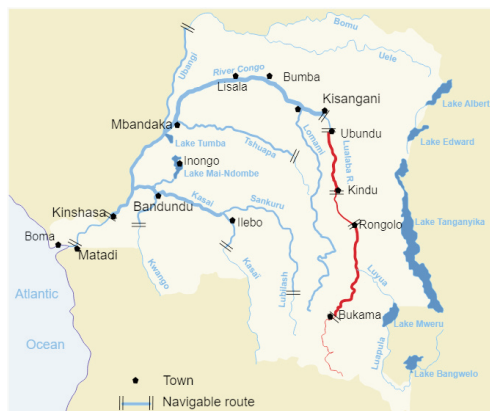
## Búsqueda de las fuentes del Nilo (1866-1871)

En abril de 1866 Livingstone desembarcó en la bahía de Ruvuma (fronteriza entre Tanzania y Mozambique) para iniciar un nuevo proyecto: descubrir las fuentes del Nilo, que en esa época seguían siendo un misterio. Conocer las grandes vías fluviales (y el Nilo era un excelente ejemplo) seguía siendo primordial para emplearlas como vehículo de la religión y el comercio europeos hacia el corazón de África, un territorio sobre el cual se desconocía casi todo.

Livingstone había descartado (en eso se equivocó totalmente) la hipótesis que en 1862 formuló David Speke de que el lago Victoria era la fuente del Nilo (y que posteriormente resultaría cierta). Estaba obsesionado con las teorías de Herodoto, que había escrito en el siglo V a. de C. que en lo más remoto del corazón de África surgían *“las fuentes del Nilo, que son insondables: la mitad del agua corre hacia el norte, para internarse en Egipto, la otra mitad, hacia el sur”*. Livingstone ya había explorado las corrientes fluviales meridionales y creía que el Zambeze era una de las fuentes. Solo le quedaba explorar la corriente septentrional. Su proyecto consistía en conducir una pequeña expedición hacia el desconocido territorio al oeste del lago Nyasa y buscar un lago llamado Bangweulu, del que se decía era la fuente de un río que corría hacia el norte y que, según él, podría ser el Nilo.

Antes de proseguir, debemos detenernos para describir cuál era el estado de salud de Livingstone en esos años, desde 1866 hasta su muerte en 1873. Estaba en-

vejecido, pasaba medio loco largos períodos, abrasado por la fiebre y la disentería, desesperado ante instrumentos que no funcionaban y guías que confesaban estar perdidos. Cada vez se refugiaba más en la fantasía de los escritos de Herodoto... Susi y Chuma, sus dos fieles sirvientes, notaban con tristeza que ya no era el mismo de antes. Se volvía apático y malhumorado, parecía indiferente cuando los portadores maltrataban a los animales de carga, robaban las provisiones e iban desertando uno tras otro.



Río Lualaba y los lagos Bangweulu, Tanganika y Mwueru

Sin embargo, su legendaria resistencia permanecía intacta, marchaba tan resueltamente como siempre y además, como hizo durante toda su vida, llevó de forma constante un diario, que escribía en pedazos de periódicos viejos y en los márgenes de los libros, cuando no disponía de otra clase de papel.

Cuando llegó al lago Bangweulu el 18 de julio de 1868, aquel resultó ser un pantano de aguas pútridas. Iba tan escaso de





Caravana de esclavos

hombres y de provisiones que se vio obligado a viajar con una caravana de árabes traficantes de esclavos que pasaba por allí. Fue una dolorosa humillación para un hombre que aún se consideraba misionero, pero no tenía otra opción si quería seguir explorando.

Durante dos años, los árabes lo escoltaron. Nada que hubiera visto en las colonias portuguesas lo había preparado para los horrores del tráfico de esclavos de los árabes. Avanzando y retrocediendo sin cesar entre los diversos lagos de la zona (Nyasa, Bangweulu, Tanganica y Mweru), la caravana acrecentó su redada de esclavos en más de mil. La vista de aquellas hileras de negros cruelmente encadenados inspiró a Livingstone el conmovedor relato que figura en su libro *Últimos diarios*:

*“La más extraña enfermedad que he presenciado en este país parece ser realmente la angustia, el dolor moral extremo, y ataca a*

*hombres que eran libres y han sido capturados y reducidos a la esclavitud... Soportaron con resignación las cadenas hasta que vieron correr cerca de ellos el ancho río Lualaba y avistaron sus hogares libres, sumiéndose entonces en la más profunda melancolía... Ocho de ellos, que iban encadenados a los demás, murieron a los tres días de cruzar el río. Su único padecimiento, según dijeron, era del corazón: una hondísima tristeza... Algunos negreros comentaron conmigo que era asombroso que murieran, pues tenían suficiente comida y no trabajaban. Un hermoso muchacho de unos doce años fue llevado a hombros y, cuando estaba a punto de expirar, lo colocaron con cuidado al lado de la vereda y cavaron un hoyo para depositar su cuerpo. Él también había dicho que no tenía nada, sólo un dolor en el corazón”.*

El río Lualaba al que se refería el explorador tenía una fuerte corriente hacia el norte y Livingstone creía que debía ser

el alto Nilo (en realidad es un afluente del alto río Congo). En 1870 intentó seguir durante seis meses todo su curso, hasta que las úlceras de los pies le impidieron continuar. Cuando se recuperó se puso nuevamente en camino y en marzo de 1871 llegó por fin al río Lualaba, a la altura de Nyangwe (en el actual Zaire). En este punto el río todavía fluye hacia el norte, y Livingstone empezó a preparar una expedición para ver si nacía en las misteriosas fuentes del Nilo.

Pero antes de terminar sus preparativos, un terrible suceso apartó estos planes de su mente: la infame matanza de Nyangwe, el 15 de julio de 1871. Tras una trivial disputa entre un mercader aborígen y los árabes, se produjo una súbita explosión de violencia, durante la cual los traficantes árabes mataron a tiros a 400 africanos indefensos. Aquella noche, el misionero, tiritando de fiebre, anotó: *“Mientras escribo, oigo los lastimeros gritos procedentes de la ribera izquierda del río de aquéllos a quienes están asesinando.... ¡Oh! ¡Venga a nosotros Tu Reino! Nadie sabrá jamás con exactitud cuántas vidas se han perdido en esta sofocante y luminosa mañana de verano; he experimentado la sensación de encontrarme en el infierno mismo.”*

Aquella matanza lo convenció de que jamás volvería a aceptar la ayuda de los árabes. Reunió a los pocos porteadores que le quedaban y abandonó a los negros para iniciar la larga marcha hacia Ujiji, en la orilla oriental del lago Tanganica (actual Tanzania), donde esperaba encontrar provisiones y el correo, que tanto necesitaba.



23. El lago Tanganika y Ujiji

### Encuentro con Stanley (1871)

Hay que hacer notar que en el mundo no se tenían noticias del paradero exacto de Livingstone desde hacía cuatro años. Lo último que se sabía del explorador era que se había ido hacia el lago Tanganica, en plena selva de África Central. Los intentos para encontrarle por parte de los ingleses habían fracasado. El editor del periódico americano New York Herald, ávido de lograr una primicia, financió con grandes medios económicos una expedición en 1871 al mando del ambicioso periodista de 30 años Henry Morton Stanley, para conseguir localizarle. Stanley se desplazó hasta Zanzíbar, llegando en enero de 1871 y en esta isla obtuvo las primeras noticias fidedignas del paradero de

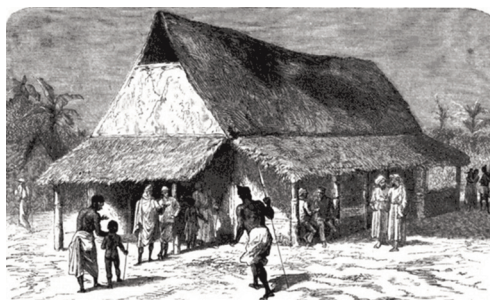


Ujiji, Tanzania, en 1885 (no muy distinto a la aldea que conoció Livingstone)

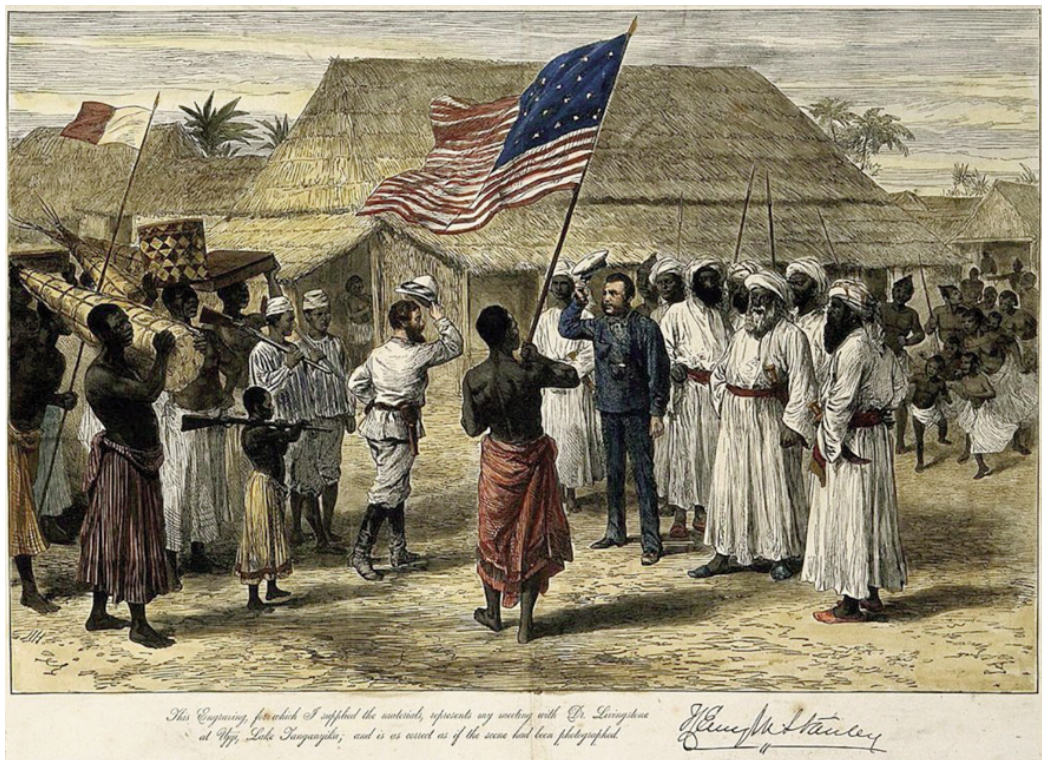
Livingstone. El 21 de marzo de ese mismo año, Stanley pasó de Zanzíbar al continente, desembarcando en Bagamoyo, y desde allí inició un largo y penoso viaje en búsqueda de Livingstone que duró ocho meses.

Volvamos a Livingstone. Había llegado a Ujiji, sin fuerzas, medio muerto de hambre y consumido por la malaria, con su salud muy deteriorada. Buscando desesperadamente comida, medicamentos, y sobre todo, cartas (pues no sabía nada del mundo exterior desde hacía dos años), preguntó a los mercaderes árabes de la aldea si no habían llegado provisiones desde Zanzíbar, isla en la costa oriental de África, para el doctor Livingstone. Sí, le respondieron, pero todo lo que había llegado

en su ausencia se había vendido. *“Me sentí, en mi abandono, como el hombre que fue de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de los ladrones; pero con la diferencia de que yo no podía esperar que acudiera en mi auxilio algún sacerdote, levita o buen samaritano.”*



25. Recreación de la casa de Livingstone en Ujiji



26. Encuentro de Stanley y Livingstone

En Ujiji, como había ocurrido en todo momento durante los últimos veinte años fue cuidado solícitamente por dos aborígenes, Susi y Chuma. Abdullah Susi, nacido en 1856, había sido liberado cuando era un niño de una caravana de esclavos por el propio Livingstone y lo acompañó durante veinte años, lo que se considera la relación más larga entre un explorador blanco y un africano.

No es difícil imaginar los pensamientos que le asaltarían en aquel remoto lugar de África, olvidado por todos....Tenía muchos motivos para sentirse un fracasado. Debía pensar que su extraordinaria carrera, tras dedicarse durante 30 años a reco-

rrer gran parte del continente y admirar algunos de los más grandiosos espectáculos de la naturaleza, había llegado a su fin. Y, al parecer, también su propia vida, pues lo único que le quedaba en el mundo eran unos cuantos metros de percal, lo suficiente, quizás, para cambiarlos por la comida de un mes.

Transcurrieron varias semanas. Un día que el anciano se encontraba sentado en su banco de adobe, abotargado por el calor del mediodía, se oyó el disparo de un rifle y una conmoción sacudió la aldea. Susi gritaba: “¡Un inglés! ¡Lo veo desde aquí!. Aturdido, el médico se levantó y avanzó cojeando. Un grupo de emociona-



27. Stanley y Livingstone exploran el lago Tanganika

dos aborígenes se agolpaba en la plaza, se oían risas y cánticos. Alcanzó a ver una bandera, la de las barras y estrellas, que ondeaba sobre las cabezas de la multitud. La gente se apartó para dar paso a una magnífica caravana que desfiló hasta la plaza. El jefe de la caravana se adelantó. Era un hombre blanco joven, robusto, muy bien vestido con traje de franela y llevaba unas botas recién lustradas. Se acercó al anciano, que esperaba de pie, se quitó el casco y se inclinó.

—¿El doctor Livingstone, supongo?

—¡Sí!

—Doctor, doy gracias a Dios por haberme permitido encontrarlo.

Aquel mediodía en Ujiji, el 10 de noviembre de 1871, tuvo lugar el encuentro más emocionante de la historia de las exploraciones, que Stanley describe así: “*Habría corrido hacia él, pero me sentía turbado*

*en presencia de tanta cantidad de gente. Le habría abrazado, pero él era inglés y yo no podía saber cómo me recibiría. De modo que el temor y el falso orgullo me sugirieron que era lo mejor. Caminé con determinación hacia él, me quité el sombrero y dije: El doctor Livingstone, supongo*”. Livingstone tenía los ojos llenos de lágrimas al estrechar la mano del periodista. Luego, mientras comía con apetito el suculento almuerzo que le ofreció Stanley, no dejaba de repetirle: “*¡Me ha infundido usted nueva vida!*”.

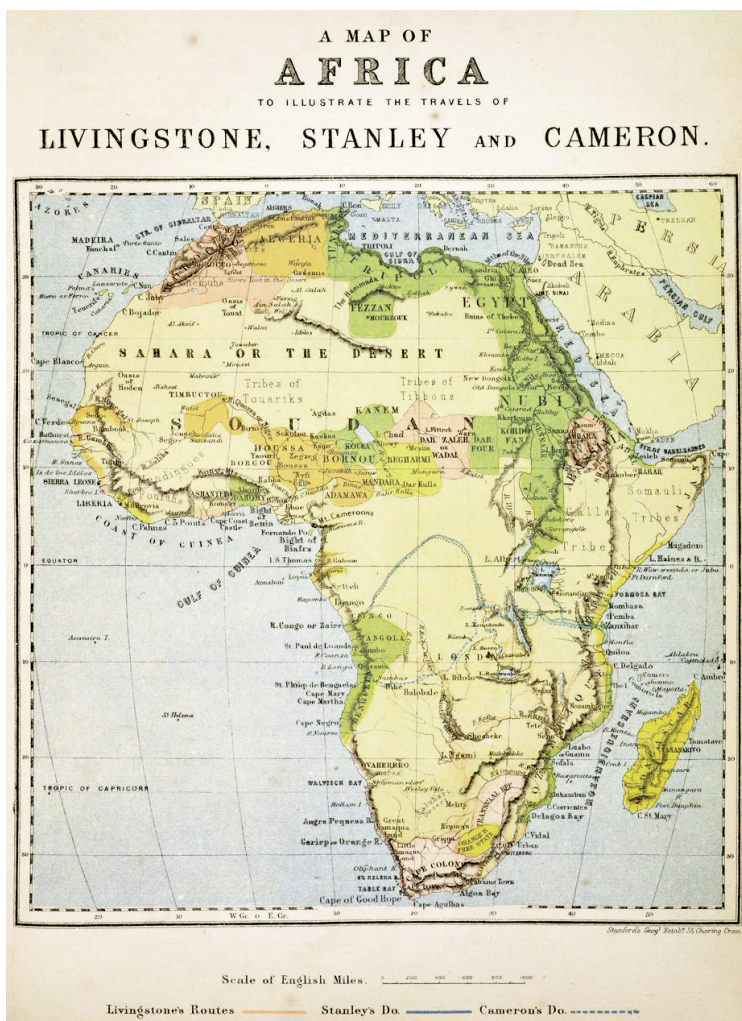
Según contó Livingstone en sus escritos, lo que más le preocupaba durante los largos períodos de aislamiento errando por la selva o viviendo en remotos poblados, era no tener noticias del mundo al que pertenecía. Por eso interrogó a Stanley sobre todos los acontecimientos que se habían producido desde que salió de Inglaterra por última vez. Así, conoció el

desenlace de la guerra francoprusiana, del creciente tendido de cables submarinos que permitían la rápida comunicación telegráfica, que el general Ulysses S. Grant se había convertido en presidente de los Estados Unidos....

Livingstone, que confesaba francamente: *“No soy afectuoso; en realidad soy tan frío como tenemos fama de ser los ingleses”*,

hizo una excepción con Stanley y llegaron a ser amigos. Exploraron juntos el lago Tanganica y el río Ruzizi, descubriendo que el río corría hacia el lago y no salía de él, como había afirmado el explorador Richard Burton en 1862.

Tras cuatro meses juntos, Stanley, sin haber podido convencer a Livingstone para que abandonara su proyecto de buscar las



Mapa de Africa tras los viajes de Livingstone y Stanley

fuentes del Nilo, volvió a Inglaterra. Allí fue elogiado por haber ido en ayuda de Livingstone y sobre todo, por haberlo encontrado. La fama que suscitó en torno a la figura de Livingstone eclipsó con mucho la suya. Según confesión propia, Stanley reverenciaba al anciano explorador y, olvidando de forma consciente los errores de Livingstone, recreó la figura del médico escocés como la de un santo que había luchado, solo y enfermo, contra el tráfico de esclavos, ideas que plasmó posteriormente de forma más pormenorizada en el libro *Cómo encontré a Livingstone*, que publicó en 1872.

### Muerte de Livingstone (1873)

Al irse Stanley, Livingstone se sintió mejor de salud y se renovó en él su afán

por encontrar las fuentes del Nilo, emprendiendo otra exploración, con el propósito de reconocer la cuenca del río Luababa (seguía creyendo que era el nacimiento del Nilo) y dirigiéndose para ello hacia la cuenca meridional del lago Bangweulu.

En Chitambo, en la actual Zambia, su pésimo estado de salud consumido por la malaria, la disentería y las hemorragias que sufría, le impidieron seguir. Lo acomodaron en una choza y allí murió la noche del 1 de mayo de 1873, a la edad de 60 años. Lo encontraron de madrugada, sólo, de rodillas como rezando, con la cabeza hundida entre las manos sobre la almohada.

Entre sus documentos se encontró uno de los datos más tristes: el anuncio del



Encuentran a Livingstone muerto

“descubrimiento” de las fuentes del Nilo, con los espacios destinados a la latitud y la longitud en blanco.

Después de la muerte del médico, un rasgo de increíble devoción por parte de Susi y Chuma añadió la leyenda hasta lo indecible.



Susi y Chuma, los fieles sirvientes de Livingstone

Estos compañeros de penalidades, contraviendo sus costumbres ancestrales, decidieron que el cuerpo de Livingstone no debía quedar donde había fallecido. Cortaron el corazón y las demás vísceras y las enterraron en el lugar donde murió bajo la sombra de un gran árbol en el bosque. Susi se encargó de grabar una estela funeraria en el árbol. Luego secaron al sol sus restos y envolvieron el cadáver en tiras de percal y corteza de árbol y lo cosieron en una pieza de lona, amarrándolo después a una pértiga, e iniciaron la difícil y peligrosa tarea de transportarlo hasta Bagamoyo, en la costa del Índico.

Fue una caminata de 1600 kilómetros, en su mayoría por tierras malsanas y hostiles. Tardaron casi un año en hacer ese viaje. Desde la costa embarcaron con los restos de Livingstone, con una nota que decía: *“Podéis tener su cuerpo, pero su corazón pertenece a África”* hasta Inglaterra.

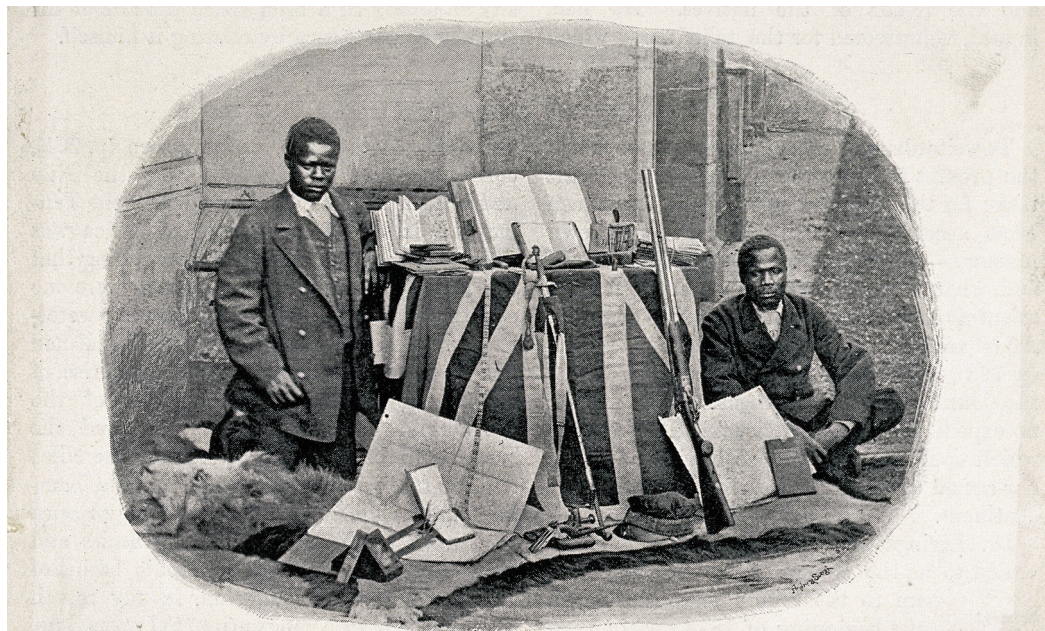


Susi y Chuma llevan el cadáver de Livingstone

Pese a haber llevado el cadáver y sus pertenencias a Zanzíbar, el cónsul británico se negó a pagarles el pasaje en barco hasta Londres, por lo que no estuvieron presentes en el funeral del Livingstone en 1874. Posteriormente, la familia de Livingstone acabó por lograr que Susi y Chuma viajaran al Reino Unido, donde, gracias a los testimonios de estos dos africanos, se pudo reconstruir la última etapa de la vida del explorador.

Al enterarse de su muerte, el deán de Westminster había escrito al Presidente de la Royal Geographical Society, ofreciéndose a enterrarlo en la abadía y así se decidió.





GROUP OF RELICS, COMPRISING ARTICLES FORMERLY THE PROPERTY OF DR. LIVINGSTONE, WITH SUSI AND CHUMA, HIS FAITHFUL FOLLOWERS.

*On the Table.*—The Journal from 1865 to March, 1872, brought home by Mr. Stanley; Bible and Prayer Book; Private Journal; Note Books; Bundles of Papers, Sections of Maps; Pocket Case of Surgical Instruments, etc. *By the side of the Table.*—Riley Rifle and Bullet; Consular Court Sword and Cap; Maps of Travels and Discoveries, and the Diary. *The Union Jack*, which covered the coffin of the great traveller when landed at Southampton, was presented by Admiral Sir Wm. Hall to the family.

(From a Photograph by Allen and Co., Nottingham.)

Chuma y Susi, con atuendo europeo, con los diarios y el equipo de Livingstone.

Al llegar sus restos, se requirió su identificación, confirmada por las marcas de su brazo tras su encuentro con el león. Además, cabían pocas dudas, ya que pocos exploradores podían haber logrado que los africanos superaran su superstición natural, con todos los peligros que entrañaba un viaje de esas características, para acompañar el cuerpo de un misionero explorador hasta que pudiese llegar hasta su país natal y ser enterrado allí.

David Livingstone fue enterrado finalmente en la abadía de Westminster, tras solemnes exequias, el 18 de abril de 1874. Toda Inglaterra se puso de luto el día de los funerales.

### Visión actual sobre la figura de Livingstone

Como es inevitable, el mito del altruista misionero-explorador ha sido revisado en gran parte con el tiempo. Es evidente que fue un fracaso en su labor misionera. Tenía importantes defectos como la arrogancia, la desconfianza, la irascibilidad; podía llegar a ser indiferente a los sufrimientos del prójimo (aunque hay que reconocer que casi siempre era indiferente a los suyos propios).

Su obsesión por hacer descubrimientos puso en peligro a menudo la salud e incluso la vida de su familia y de sus colegas. No obstante su auténtico amor por los africa-

nos, muchas veces olvidó sus promesas de ayudar a quienes le habían proporcionado provisiones y portadores para sus expediciones. Pero su concentración en un solo propósito, que le sirvió muy poco a su calidad de misionero, le dio en cambio una gran estatura como explorador.

En realidad, cuanto más se piensa en sus defectos, más se agranda su figura. Era indudablemente un gran hombre, de resistencia sobrehumana, de acendrado individualismo, sinceramente dedicado, a su manera, a lo que él llamó “mitigar el sufrimiento humano”. Su obra *Últimos diarios de Livingstone en el centro de África*, que comenzó a publicarse en Inglaterra en 1865, despertó las conciencias de la sociedad contra la esclavitud.

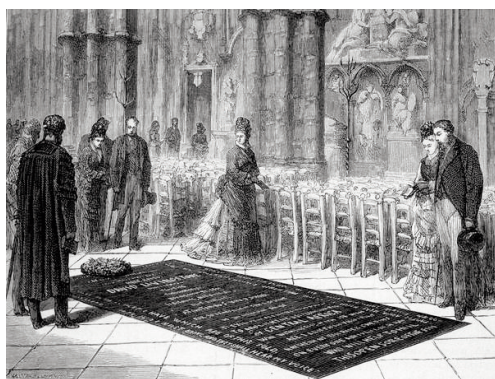
A ello se añadió la carta que Livingstone le dio a Stanley en la que describía con todo detalle los horrores que había presenciado en Nyangwe, carta que se publicó en el *New York Herald* y provocó una profunda indignación. Todo desembocó en la abolición definitiva de la esclavitud y el sultán de Zanzíbar (punto de partida de las caravanas de negreros y principal centro de dicho comercio) se vio obligado a prohibir en todos sus dominios el comercio de esclavos.

### Texto de la lápida de la tumba de Livingstone

La lápida en la tumba de Livingstone, en la abadía de Westminster, dice así:

«Traído por manos fieles por tierra y mar, aquí descansa David Livingstone, misionero, viajero, filántropo, nacido el 19 de marzo de 1813 en Blantyre, Lanarkshire,

*muerto el 1 de mayo 1873 en el pueblo de Chitambo Ulala. Durante treinta años dedicó su vida al incansable esfuerzo de evangelizar a las razas nativas, explorar tierras desconocidas y combatir el comercio de esclavos en África central, donde, con sus últimas palabras escribió, «todo lo que puedo añadir en mi soledad es que el cielo bendiga a cada uno, americano, inglés o turco que ayude a sanar esta llaga abierta en el mundo»*



Lápida de Livingstone en la Abadía de Westminster

### Bibliografía

- Los Intrépidos. Aventuras y triunfo de los grandes exploradores. Selecciones del Reader s Digest. Edición 1978.
- Viajes y exploraciones en el África del Sur. David Livingstone.
- El último diario del Doctor Livingstone. David Livingstone.
- El sueño de África. Javier Reverte, 1998.
- El Nilo blanco. En busca de las fuentes del Nilo. Alan Moorehead. 1961.